

Crítica de teatro

"Gente de bar", un llamado de alerta



por YOLANDA MONTECINOS

"GENTE DE BAR" de Gerardo Werner se presenta en ciclo de repertorio en la sala Maseña. La puesta en escena tiene varios elementos de interés que incluyen el texto mismo, el sufrido elenco, la dramática acción de Jaime Vadell y su imagen física. El alcoholismo y sus consecuencias letales es tratado por el autor como motivo central, entre los clientes de un bar de barrio propiciando un tema poco frecuente, por lo menos, en esta condición, con granitica fatalidad sobre un elenco de personajes condenados y situados en una autodestrucción, más o menos consciente.

UN TEMA CASI TABU

Un grupo de hombres acude a un bar movido por toda clase de razones, los exponiendo sus dolores y traumas en instantes de crisis y siempre en el mismo sitio, en un "bar ciego" que se tornará fatal, representará algunas escenas, otros personajes, ciertas actitudes de coacción y breves conversaciones con el mundo del que quieren huir.

El tema, la amarga realidad del alcoholismo y la transformación de un ser humano en esclavo de un hábito destructivo, es tratado previamente una materia atractiva, incluso cuando es una historia algo drástica, en un film o una serie de TV. Ni grandes bebedores como Eugene O'Neill o Tennessee Williams abogan alguna de sus creaciones sólo en esta dirección. En cine, hay pocas excepciones, aunque es presencia su pulpa considerablemente en muchos casos. Gerardo Werner lo transforma en teatro, causa y efecto. Es lo que determina conductas, mueve a sus personajes y para ellos todos como una réplica de Dostoyevski con un desarrollo previsible. Quizás por esta razón, su obra tiene una estructura no tanto dispar y el último acto, en especial en sus momentos finales,



Jaime Vadell, actor, autor y director teatral involucrado en la dirección de "Gente de bar" que se presenta en la sala Maseña.

son pueriles, débiles, aporreados e incluso desahucados, suponiendo que puede ser la intención del dramaturgo, dejar a sus bebedores en franco plan de momentos de dolor para tomar la curva inevitable del bebedor como consecuencia.

INTENCIONES Y REALIDADES

El tono de la obra es realista, con intenciones de plantear noción y efectos del alcoholismo ya no social sino el que se va cultivando en la cara de un bar de barrio, convertido en lugar de esta, más sagrado que la familia, el trabajo y el amor.

Produce la impresión, tras la entrega de los actores, de una intención entre informativa, ética y de análisis de parte de Gerardo Werner, quien se introduce en el bar y va desmenuzando la realidad de lo que allí han instalado su vida y han sido amargados sucesos. En alguna forma y por momentos, gran parte de los personajes centrales constituyen una sola, son diferentes facetas, rodeado por otros de importancia menor y papel más bien decorativo a veces para aproximar el tema central al humor que algunos

personajes. Hasta el final, el clima de fatalidad, la zona de personajes sucesivos y la acumulación de tragedias sucesivas va haciéndose todo en un negro y casi insostenible tono mayor, difícil de soportar o sentir para el público y para los propios intérpretes.

La promesa de dos mujeres en la historia cumple objetivos, bien establecidos. La primera, Margot es una trágica melodrama con sucesos casi escabrosos, condenada también por sus propias creencias de explotación máxima para sobrevivir. Esta en el juego y en los imágenes de permisividad distintas que pueden darse en sí mismas como un bar. Carla, tiene una responsabilidad en un solo registro. Es la voz convencional de la familia que grita, sofoca y, a la vez, ingenua a un mundo apacible, inocente, tras su barrera, prohibido para eludir todos los problemas de la vida cotidiana. Todas las entregando las mismas escenas que los convierten a uno otro donde un espectáculo observa y va al mismo involucrado en este círculo y otros, integrando variaciones, consiguiendo finalmente destrucción o se inclinan sobre el precipicio definitivo.

LA PUESTA EN ESCENA

Jaime Vadell consigue mantener un texto a veces extenuante, vagabundo, y en ocasiones demasiado, en un plan de interés por lo mismo, en buena medida. Es un excelente director de actores y sabe extraer hasta donde hay materia prima mínima, le mejor de cada profesional, dándole además una concreción al elenco. Por tratarse de un "bar ciego" limitado, consigue con una planta de movimientos bien pausados y las conductas entre hinchadas y super-nocionales de los personajes, un buen margen de disposición, gracias al espectador alcohólico, con logra salvar el débil remanente de la pieza misma.

En trabajo en, por tanto, parte vital en esta entrega de una producción independiente. Susana Boschelli sale aérea de la empresa de dar realidad física al bar, con el mismo tipo de un escenario más bien reducido, en el que se deben mover tantos personajes. Color y elementos mínimos producen el efecto de un bar de barrio, casi elegante, con bastante sentido realista y sin lugares comunes. Hay también un buen cuidado del escenario, exceptuando a Carla.

El elenco es algo dispar y tiene, por fortuna, algunas potentes escenas. Sorprende el trabajo de Patricia Acharya, mirando en general como un galán efectivo pero unidimensional. Aquí mantiene una línea de actitud más profunda y aunque no llega a convencer del todo en el muy melodramático proceso del final, es evidente que respondió y bien a la dirección de Vadell. Sus transiciones



Gente de bar, de Gerardo Werner, sobre un amorío alcoholizado a una mujer en un escape de la vida. Gloria Lazo y Patricia Acharya dirigidos por Jaime Vadell.

son valerosas y son más acuciosas explicaciones y son ágiles cada momento, tienen sabor mayor. Gloria Lazo tiene un personaje que es desahogado prueba de fuerza contra cualquier inhibición escénica. Lo hace de modo también honesto y, notoriamente dentro de la simplicidad en algunas escenas mayores que el personaje posee.

Luis Wighersky es quien subleva la mayor carga en materia de evolución y plasticidad con final definido, de un bebedor conculcado, consigue en su vida, a fondo, con solidez y un juego teatral de elocuencia y contundencia eficaz. No hay desbordamientos singulares y con esta actitud convence y se impone sobre el resto. Pedro Villagra nos pareciera, esta vez, más sereno en su enfoque de un rol bueno pero fuerte y bien observado por el autor. Jorge Gajardo aporta su fuerte y efectiva personalidad escénica al al-

quitrá, muerte de voyerista de bar que terminará por entrar en el juego del resto. Es evidente que todos los actores, siguiendo las indicaciones del director coreógrafo, Gloria Barrera en una actuación más bien completa pero secundaria. Elio Pineda como el Nono Chico, es la de más y una temprana inclinación al mundo de los bares. Sergio Machi, algo ajeno a solidez, Lucio Amato quien muestra en un tono mayor, en tanto Alberto Pérez responde un barman que es más instigador, satirista, cómico y por último director de este pequeño mundo delirante de los bebedores condenados que presenta Gerardo Werner en su gran obra, GENTE DE BAR. Habría que contar a Alberto Chacón en su aparentemente desequilibrado, poderoso, honesto de época final, el más típico y humano, más gracioso y teatral de todos el reparto.



Pedro Villagra es dueño de un pub donde se marcha directo a su destrucción. Buena fuerza y se sume a una obra pero fatalmente inconsciente el público para regresar.

La Nación Santiago
- 26-1-1987

"Gente de bar", un llamado de alerta [artículo] Yolanda Montecinos.

AUTORÍA

Montecinos, Yolanda

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Gente de bar", un llamado de alerta [artículo] Yolanda Montecinos. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile